

Siempre que me ocurra algo notable, te escribiré, madre mía; aunque estás en el cielo, me oyes y me ves; sin esta seguridad me desesperaría.

Adiós, mi buena madre; ya ves que estoy mejor; sé, pues, completamente dichosa á los piés del trono del Señor, y bendice cada día á tu amante hija

CINTIA.

XIX

La Marquesa á la Canonesa.

Castillo de Valflores, Mayo de 186...

«Yo nací perezoso, borracho y ladrón, dice Sócrates; pero la educación corrigió todos estos defectos, y hoy me tengo, no sólo por un hombre honrado, sino también por un hombre que se eleva sobre la vulgaridad de la multitud.»

¿Por qué, pues, amiga mía, niegas que los defectos y aun las más fatales inclinaciones se puedan modificar y corregir? ¿Por qué has querido llenarme de dolor con tu última carta? La impresión que su lectura me causó fué tan profunda, que he tenido que dejar pasar dos meses antes de contestarla, á fin de que mi respuesta no destilase amargura.

La mano de Dios va á enlazar los destinos de

ese hijo tuyo, á quien crees modelo de todas las perfecciones morales, y de mi nieta, á quien con sobrada crueldad calificas de prosaica, soberbia é incapaz de amar; veremos, sin embargo, quién, en el camino que van á emprender juntos, da pruebas de más valor, de mayor nobleza, de más completa abnegación.

Por ventura, uno de los cargos que haces á Eufemia, es creerla *completamente irreprochable*: esa exagerada perfección es una de las mayores garantías de dicha que pudieras desear para tu hijo.

No me es posible abandonar á los míos, ni ir, por lo tanto, á tu lado, como deseas: mis hijos son dos enfermos morales á quienes debo cuidar, pues soy en el mundo el único guarda fiel y vigilante de su felicidad. Eufemia vendrá á casarse aquí, y Pablo dejará también en la capilla de Valflores su libertad de soltero, para trocarla por el título de esposo.

Sí, Gertrudis; Eufemia adquirirá delante de Dios el título de Condesa de Maceda, al mismo tiempo que Pablo se unirá á la joven Marquesa de Uclés, de quien soy tutora y á quien tengo en mi compañía.

Comprendo cuánto te admirará la noticia de esta boda, que ha sido pensada y decidida en el espacio de pocos días: mi pupila se ha apasionado de Pablo con toda la vehemencia del primer amor y de una imaginación exaltada por el cielo de Ita-

lia, que cobija la tumba de su madre: al morir ésta, la envió á mi lado, y hallándose en el mundo sin más amor que el mío, sin otros cuidados que los que le prodigaba mi nieto, ha concebido por mí la ternura de una hija y por Pablo, un amor ferviente y entusiasta.

Hermosa como un ángel, buena, inocente, y además inmensamente rica, ¿qué mejor partido podía yo desear para mi hijo? Él no se ha negado á este enlace, que yo le he pedido con lágrimas en los ojos, porque la pobre Cintia, que vino muy enferma, renació bajo el influjo benéfico del amor, y quizás hubiera recaído y muerto al golpe de un desengaño.

Pablo, á pesar de los extravíos de su juventud, es noble, bueno y generoso, y ya que no ame á esta niña como adoraría á una mujer de su elección, sabrá hacerla feliz. ¡Ay mi Gertrudis! También para matar en el alma de mi hijo un amor fatal he apresurado esta boda, que á la vez hacía dichosa á mi pobre pupila y le daba á él un hogar y una familia. Esa Modesta á quien vió tu hija Blanca; esa Modesta que tantó la cautivó; esa Modesta, á quien ella y tú queréis dotar, se ha apoderado del corazón rebelde de Pablo de una manera irresistible; mi hijo se ha enamorado de esa joven tan profunda y verdaderamente, que le es imposible olvidarla un instante.

Ella ha huído, ella no le ama, ó, á lo menos, no quiere amarle; se ha refugiado en casa del

cura, al pié de los altares, no creyéndose segura á mi lado; y aunque su cuerpo ha enflaquecido y sus mejillas se han puesto tan pálidas como las de una muerta, su frente presenta la heroica serenidad del triunfo modesto y del orgullo legítimo.

Yo voy á verla, porque ella no quiere venir al castillo.

Ayer fui á casa del cura para hablarla y para que dijese á mi orgullo herido por qué ha respondido siempre con severidad y desvío á las muestras de deferencia de mi hijo.

—Señora Marquesa, me respondió con su dignidad natural y sencilla; mi conciencia me ha aconsejado obrar como lo he hecho.

—¿Temías acaso que Pablo te sedujese? le pregunté con dureza.

—No, señora, me contestó; porque yo estaba segura de que no me dejaría seducir.

—¿Que temías entonces?

—Que se quisiera casar conmigo y que mi vanidad me hiciese débil con perjuicio de mi razón.

Esta respuesta me dejó estupefacta por el inmenso orgullo que encerraba.

—¿Podías tu pensar, le pregunté, que mi hijo imaginase siquiera casarse contigo?

—Sí, señora, me respondió; estoy cierta de que él desea ser mi esposo; no tiene otro modo de poseerme, y me ama.

—¿Y tú á él?

Modesta se puso muy pálida y contestó:

—No piense V. en mí, señora Marquesa; yo no supongo nada en esta cuestión.

—¿Pero tú te casarías con él? le pregunté.

—No, señora; rehusaría su mano.

—¿Por qué? exclamé cada vez más sorprendida.

—Porque él no es digno de ser mi esposo. ¿Con qué derecho pretendería unir su decrepitud moral á mi lozana inocencia, mi virtud á sus vicios, mis puras creencias á su ateísmo en todas las cosas de la vida? ¿Acaso debo inmolarme á su irascibilidad, á sus arrebatos, á los dolores que le producen las heridas de un corazón que se ha dejado lacerar por sus excesos? ¡Más loca y más ilusa sería yo que aquellas vírgenes druidas que segaban su cuello ante una piedra que veneraban con la estúpida idolatría de los pueblos bárbaros! Uno de los más nobles sentimientos que en mi alma germinan, es un profundo respeto á mí misma, que nada ni nadie me hará perder; no, señora Marquesa, su hijo de V. no es digno de ser mi marido, el compañero de mi vida, la mitad de mí sér. Para huir de que me proponga serlo, y temerosa de que en ese caso mi vanidad de mujer me cegase por un instante, me he refugiado en este sitio.

—Pronto podrás volver á mi lado, le dije, porque Pablo se va á casar.

Modesta se quedó de nuevo blanca como su vestido de muselina, pero nada respondió.

—Se va á casar, repetí, con Cintia de Uclés.

—¡Pobre niña! suspiró Modesta.

—La madre de Blanca, aquella señora joven que hace tres meses pasó por Valflores, y la misma Blanca, quieren dotarte, le dije para cambiar de conversación.

—¡A mí! exclamó Modesta. ¿Y con qué motivo?

—Saben que yo cuido de tí y que eres pobre.

—Suplico á V. que diga á esas señoras, repuso Modesta, que les quedo muy agradecida, pero que jamás he deseado ni pretendido ser rica.

—¿Rehusas acaso su donativo?

—Sí, señora. Felipe me quiere sin dote.

—¿Y tú le amas?

—Le estimo en alto grado, y, cuando sea su esposa, le amaré: debe ser para una mujer cosa muy fácil amar á su marido cuando le tiene un gran aprecio.

Tal fué mi conversación con Modesta; por ella y por mí te doy gracias, y asimismo se las doy á tu hija respecto del dote que me veo en el caso de rehusar.

Ya sé que te alegras con toda el alma del enlace de nuestros hijos y que haces justicia á las altas cualidades de Eufemia; vén á darle tu bendición; el mismo día quiero se case también Modesta, pero no aquí, sino en la iglesia de la aldea; deja tu santo asilo y ven á respirar, al menos por algunos días, esta atmósfera de alegría y de amor. Espero á Eufemia, á Germán y á la Baronesa, y te reservo en mi corazón un sitio que nunca has perdido, y que te reclama ahora

ANA.

XX

Pablo al Conde.

Castillo de Valflores, Junio de 186...

Búrlate cuanto quieras: estoy, como dices, haciendo el Nemorino, el pastorcito, y, lo que es peor, me voy á casar lo mismo que tú.

Una diferencia hay entre los dos: tú estás enamorado ó poco menos; yo no: yo me caso, por dar gusto á mi abuela, con una niña que no niego sea bonita, pero que nada dice á mi corazón; esto sucede con frecuencia, y á mí me ha sucedido casi siempre; las perfectas hermosuras no me han enamorado jamás, y mujeres de escasos atractivos me han vuelto el juicio varias veces.

La trágica Rachel es la mujer de nuestra época que ha inspirado mayor número de violentas pasiones: cinco hombres de posición elevadísima y de gran talento que yo conocía, habían sido arruinados por ella de esa manera irremediable que conduce al suicidio, porque si la fortuna se puede volver á adquirir, no sucede lo mismo con el corazón; sabiéndolo, tenía yo, todavía niño, vivos deseos de conocerla, y fui á París poco antes de su muerte.

Rachel era una mujer pequeña, morena, delgada, pálida y de facciones marchitas é irregula-

res; sin embargo, en aquel rostro casi feo brillaban reunidas de tal suerte la inteligencia, la sensibilidad, la ternura y la pasión, que comprendí al instante los estragos que había hecho.

La hermosura del cuerpo subyuga los sentidos; sólo el alma encadena al alma.

No obstante, Cintia de Uclés, mi futura esposa, no es una belleza helada; es más bien un espíritu puro y adorable, envuelto en un cuerpo delicado y hermoso; sus ojos expresan sólo la dulzura, pero á mí el dulce me cansa pronto; su boca se sonríe constantemente, y yo hallo un encanto indecible en la modesta seriedad de una boca bonita; es humilde y tímida, pero no pensativa y profundamente sensible, como aquella Clotilde á quien tanto amé y de quien fui tan amado.

En fin, Cintia no me ha inspirado esa profunda simpatía que sobrevive al amor mismo y á la misma muerte, y que sólo por Clotilde he sentido; ¡ah! ¡por qué conocí á esa mujer!... ¡Ella me reveló goces intelectuales que antes no conocía, momentos de felicidad suprema que no necesitaba conocer! Aquella perfecta comunidad de pensamientos y de impresiones; aquella simpatía en el sentimiento; aquella noble y ciega confianza que teníamos el uno en el otro; aquella expansión íntima del alma, ¿dónde hallarlas ya? ¡Cuántas veces, al ver en el teatro una obra maestra, caían á un tiempo las lágrimas por las mejillas de los dos!... ¡Cuántas el mismo dolor físico nos hacía sufrir!

¡Nuestros ojos se hablaban y se comprendían en todas las situaciones de la vida, y su sonrisa aclaraba todas las dudas que oscurecían mi pensamiento!

Persuadido de que para mí todas las mujeres, excepto una, son ya iguales, he optado por esta niña infeliz, huérfana y rica, lo cual son dos males para ella.

Según dice mi abuela, Cintia está ciegamente enamorada de mí; esto no me halaga, porque lo mismo se hubiera enamorado de otro que valiese mucho menos; ella necesitaba afectos á toda costa, y me figuro que me dedicará más amor del que yo desee; es decir, uno de esos amores empalagosos que cansan como la miel.

Por fortuna, cazaré y me fatigaré con largos paseos á caballo, porque no creas ni por un momento que pienso volver al mundo, por ahora á lo menos.

¡Dichoso tú, que estás enamorado de mi hermana!... Aun puedes ser feliz. Eufemia es una niña medio salvaje, que hallará novedad en cuanto la enseñes, porque nada conoce; tú podrás ser para ella á la vez esposo, protector, amigo y amante; es decir, todo lo que necesita la mujer para ser venturosa dentro y fuera de su casa: mi hermana tiene un alma enérgica y bien templada, y no dejará penetrar el hielo del hastío en el asilo conyugal.

Grato debe ser, en verdad, para un hombre de

mundo llamarse esposo de una mujer que todo lo ignora y que se apoya en él con la ciega confianza de la juventud y de la inexperiencia, siempre que esta mujer posea el sano criterio y la elevada inteligencia de mi hermana, y no la candidez casi sardía de mi futura.

No hay que pensar que en su inteligencia común y limitada penetre jamás el hálito poderoso y fecundo de lo grande y de lo bello.

La llevaré á Roma, y delante de San Pedro y del Vaticano se sonreirá con la misma candidez que cuando oiga decir sus chistes á un gracioso de teatro.

Pon tú á Eufemia delante de esos monumentos del genio, y verás salir de sus ojos relámpagos de entusiasmo y palpar su seno, y sentirás la convulsión nerviosa con que su mano oprime tu brazo.

Después de pasar algunos años al lado de tu esposa, podrás decir:

«¡Yo he vivido!»

Cuando después de haber pasado el resto de mi vida al lado de Cintia sienta llegar la muerte, exclamará tu amigo con tristeza:

«¡Yo he vegetado!»

Hé aquí la diferencia de nuestros destinos. Aparta, Germán, aparta de mi camino hasta la sombra de Clotilde, si quieres que viva. Cuanto más me aproximo á la fría realidad, más me devoran los recuerdos de aquella radiosa é incomparable poesía de mi vida de amor.

Ayer paseaba yo á caballo con Cintia: mi abuela nos seguía en su carruaje: al volver hacia el bosque, ví á una mujer vestida de negro, cuya figura me recordó la de Clotilde; sería ilusión mía, pero se le parecía mucho; hubo un instante en que volvió la cara, y yo dí un grito; era aquella carita inteligente y dulce, alumbrada por sus grandes ojos pensativos; aquella frente coronada de sedosos cabellos castaños, aquella gracia incomparable, aquellas formas delicadas, aquel ademán á la vez infantil y digno, que avasallaba todos mis ímpetus de cólera y de venganza.

No, no podía ser Clotilde; pero lo cierto es que yo voy á casarme y la veo en todas partes.

Más dichoso que yo, no has sentido el amor verdadero, y mi hermana es la mujer más superior que tú has conocido: en eso estriba la dicha conyugal; el que considere á su esposa como superior á todo su sexo, puede dar gracias al cielo todos los días de su vida.

Ya estamos, pues, Germán, sentados á la orilla del camino que, viajeros fatigados, seguimos hace largos años; descubramos la cabeza y alcemos al cielo los rostros marchitos por los desengaños, para que derrame un poco de serenidad sobre nuestras frentes; pidámosle la máscara de la calma y la tranquilidad para engañar piadosamente á las dos pobres criaturas que van á confiarnos sus destinos; no basta ahora sólo con tener valor; es preciso ser héroes; los guerreros se animan en los

combates con la vista de la sangre, del humo y la matanza, y combaten contra sus enemigos; nosotros tenemos una lucha más difícil que sostener: nadie nos alienta, nadie nos anima, y tenemos que batallar con nosotros mismos.

¿Cómo has hecho para que mi hermana, que no te quería, te ame ahora? Pero ya lo sé: has hecho una sola cosa, y ha bastado: presentarte y hablarla; no era mi hermana la única mujer que hubiera de resistirte, pues nadie como ella puede y sabrá apreciar tu valor.

Mucho deseo que vengas; ya sé que tu casa se está montando bajo un pie magnífico para recibir á tu esposa; ya sé que vuestros trenes llamarán la atención general; ya sé que váis á dar bailes y comidas; yo no pienso disfrutar de esas diversiones, y lo siento; pero en tanto que permanezca en este retiro, viviré tranquilo; el hálito del mundo traería de nuevo á mi seno la serpiente del hastío, el demonio de la intolerancia, la hidra de la cólera. que, como la de la fábula, tiene cien cabezas.

Aquí me quedaré con Cintia jugando á los enamorados y siendo ambos los solitarios del monte salvaje; al pensar que voy á casarme, lágrimas de rabia suben á mis ojos, á la par que una extraña pero helada tranquilidad descende á mi corazón.

Llega pronto, pues ya se está disponiendo el altar para el sacrificio de nuestra libertad.

PABLO.

XXI

Enfemia á la Marquesa.

Madrid, Junio de 186...

Casi me ruborizo de escribirte lo que pasa en mi corazón, querida madre mía: he llegado al caso que tú deseabas; amo, y todo lo que veo me parece más bello y mejor que antes; amo al Conde, y me admiro de haberle hallado alguna vez superficial y vano, cuando hoy me parece el modelo de todas las perfecciones morales.

¿Qué se han hecho aquella valentía, aquella independencia de que yo hacía alarde? Hoy no vivo sino cuando le veo; cuando no está cerca de mí, no merece mi existencia el nombre de vida; parece como que me falta lo principal de ella, y que nada de lo demás merece mirarse.

Yo recuerdo que te escribí en cierta ocasión estas palabras:

«Nunca he hablado al Conde de Maceda; pero me parece superficial, burlón, escéptico y de carácter imperioso y fuerte; ¡Dios me libre de semejante esposo!»

Al tomar la pluma recordé estas palabras, y por eso te dije que te escribía con rubor, porque ahora tengo que decirte todo lo contrario, y mi opinión acerca de él ha cambiado por completo.

Si me dijese ahora que no podía casarme con él, ó que él me rehusaba para esposa, estoy segura de que me moriría de pena.

En mi alma había un tumulto de pensamientos encontrados: unas veces ansiaba ir á los bailes, á los conciertos, para distraer el mortal fastidio que me consumía; otras me iba á la iglesia para pasar en ella algunas horas, á fin de que el día no se me hiciese eterno.

Ahora parece que un velo negro se ha descorrido, y que todo brilla y se sonríe dentro y fuera de mí: ahora, cuando voy á la iglesia, es para dar gracias á Dios por la ventura que inunda mi alma, para rezarle con fervor y para pedirle que me deje llegar á ser esposa de Germán.

Hoy comprendo que una mujer se engalane y sea elegante; no concibo la coquetería por el afán sólo de agradar generalmente; la comprendo, cuando se ama, para agradar al objeto amado y para agradar por él á los demás; porque cuando una mujer ama á su esposo, debe desear halagar su amor propio y que todos le envidien á él porque la posee.

No sé si me engañaré, pero creo que en el amor del hombre hay alguna parte de vanidad, y que nunca se halla verdaderamente cautivado sino cuando los demás conocen el inmenso valor de su mujer.

Por eso he pensado yo muchas veces en que sería muy bello sobresalir de la multitud, por

cualquier estilo que fuera, y no vivir oscurecida como tantos millares de mujeres.

¡Cuántas veces he deseado ser artista! ¡Cuánto he ansiado manejar el pincel ó escribir libros de esos que no mueren jamás! ¡Cuántas he envidiado á las grandes cantantes que oía en el teatro Real, á las eminentes actrices que interpretan las obras maestras de la literatura!

He llegado hasta á envidiar al extravagante Erostrato, quien, por hacerse célebre en la historia, incendió en Efeso el magnífico templo de Diana.

He llegado á desear tanto la celebridad, que la hubiera comprado á cualquiera costa.

Por dicha, no la he necesitado para ser amada de un hombre superior; pero ahora es cuando más la deseo, y aunque sólo sea la palma de la belleza y de la elegancia, la he de tener, segura de halagar y de afirmar así el amor de mi marido.

Más que nadie comprendo ahora lo que vale mi pobre tía Galatea; el grano de oro que, según tú, no le falta á nadie, lo hallo en ella tan grande, que me parece un tesoro.

Ella ha hecho la lista de mi guardarropa y ha encargado á mi modista dos docenas de vestidos de los gustos más variados y más exquisitos; ella ha hecho mis compras, y ella, en fin, dirige el arreglo de nuestros trenes, de nuestros carruajes y de nuestra casa, que es magnífica.

Mi tía acude á todo, de todo se cuida, y está

loca de contento con el brillante destino que me espera.

Yo había juzgado mal, sin duda, á esta excelente señora, ó acaso será que el amor y la dicha hacen ver á las personas bajo un prisma bello y rosado.

Pienso arreglar mi vida de un modo muy distinto de lo que antes imaginaba; para agradar á Germán se necesita ser una mujer brillante, estar vestida siempre con primor y siempre dispuesta á recibir á sus amigos; tendremos comida un día á la semana, recepción las noches de los lunes; asistiremos otras dos noches al teatro Real, y las que restan las repartiremos entre los demás teatros y las recepciones de nuestros amigos.

Los veranos iremos á Baden, á Dieppe, ó á Trouville, que son los sitios donde se reúne lo más distinguido de la sociedad francesa, inglesa y rusa.

Ya ves, mi querida mamá, que tu Eufemia va á ser lo que deseabas que fuese; que va á dejar las llaves y á convertirse en una mujer elegante y distinguida.

Tú la ayudarás con tus consejos, porque ella quiere, además, ser buena y digna del nombre que lleva; tú dividirás tu vida entre la casa de mi hermano y la mía, y pasarás algunos meses del año con cada uno de nosotros. ¿No es verdad que lo harás así? ¿No es cierto que dejarás tu retiro y vendrás á acompañarme en el mundo?

Muchos deseos tengo de conocer á esa linda

Marquesita que va á dar á mi hermano un brillante título y muchas riquezas: dicen que es encantadora, y Germán, que la conoció en Niza, asegura que hay muy pocas personas que se la asemejen, y que su candidez, su gracia, su inocencia son admirables: ya me estoy preparando para el viaje, que tendrá lugar dentro de cuatro días.

Ayer oí á mi tía algunas palabras que me llenaron de terror y que son la única nube de mi dicha.

—¿Sabes—me dijo—que vamos á jugar á tu maride un lindo chasco?

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque él se casa contigo en la persuasión de que eres una mujer modesta y humilde, en la persuasión de que no te has de vestir y de que has de hacer su gusto en todo.

—¿Y quién duda que lo haré? exclamé yo; mi mayor dicha consistirá en verle contento.

—¡Pero, niña, si no consiste en eso el chasco que le vas á dar!

—¿En qué, pues? Por Dios, tía mía, le dije, habla con claridad; sepa yo lo que puede contrariarle.

—Ya te lo he indicado, dijo mi tía; él cree que se va á casar con una monjita sencilla, austera, devota, y tú te has vuelto todo lo contrario desde que has empezado á amarle.

—¿Cómo me había de llevar á su lado cuando saliese, si fuera yo una mujer vulgar?

—Quizá pensaría no llevarte.

—¡Imposible! exclamé indignada: ¿acaso puedo yo creer que el Conde se casa conmigo para que sea sólo su ama de gobierno? ¡Si así fuera, no me casaría jamás con él!

—¿Pero no sabes que él te ha conocido como una señorita de pueblo?

—No importa; la Condesa de Maceda sabrá ocupar el lugar que le corresponde.

—Claro está, y harías muy mal si descendieras de tu sitio; si se lleva chasco, peor para él.

Tal fué nuestra conversación, que me dejó sobremanera contristada.

¿Acaso se casará conmigo Germán únicamente para que le cuide la casa?

¿Estará arruinado y querrá reponer con el mío su caudal?

¿Iré á caer en el abismo de la desgracia, cuando empezaba á entrever un cielo de felicidad?

¡Ah madre mía! estas dudas me agitan dolorosamente. ¡Yo necesito tu consejo, y que me digas qué es lo que puedo temer y esperar! Tú eres antigua y fiel amiga de la madre de Germán, retirada hace ya largo tiempo á tierra extranjera, y has conocido al mismo Germán desde muy niño: no me dejes ir al altar llena de temores para el porvenir, llena de dudas y de zozobra.

Si no he de ser dichosa en mi unión, vale más que no se lleve á cabo, porque creo que nada debe ser tan terrible como la guerra doméstica,

como la divergencia de opiniones y de caracteres entre el esposo y la esposa.

Cuando llegue á tus brazos, ó echa un velo de crespón sobre mi frente, ó cíñela con la corona nupcial, y esa será tu respuesta á mis temores y á mis esperanzas.

EUFEMIA.

XXII

Modesta á Esteban.

Castillo de Valflores, Junio de 186...

Mañana, mi querido y buen hermano, es el día señalado para mi casamiento, y mañana también tendrán lugar el de Pablo de Hiestrosa y el de su hermana Eufemia.

Los dos herederos del castillo se casan en la capilla del mismo, suntuosamente decorada de alhajas de plata y oro, de colgaduras de terciopelo, de ramos de flores y coronas de azahar: el Obispo de la diócesis ha venido para darles la bendición nupcial, y los perfumes, las joyas, los encajes inundan el castillo, como si alguna hada, abriendo los artesonados techos, hubiera dejado caer en las espléndidas cámaras todos los tesoros de su reino.

Los dos hermanos van á llevar dos títulos: ya sabes que la señorita Eufemia se casa con el Conde

de Maceda, y que su hermano recibirá de su esposa el título de Marqués de Uelés: mi bienhecho-
ra, ve, pues, colmados sus deseos, dejando á sus dos hijos en el seno de esa grandeza en que han nacido y que tanto anhelaba para ellos.

Yo, hermano mío, me caso en la humilde iglesia del pueblo; su única gala, además de las modestas que posee, consiste en un mantel para el altar mayor, que yo he bordado, y que he prendido con dos lindos lazos rosa, simbolo de mis esperanzas, y en dos gruesos ramos de rosas y azucenas, puestos en dos jarrones de loza blanca, que han enviado las hermanas de Felipe.

Mi vestido es de muselina blanca y sencilla, y mi velo, de tul, sin bordados ni adornos de ninguna clase.

Pero ¡qué importa! Veré á mi lado á tu mujer, á mi querida hermana, que se ha separado de tí y de sus hijos para servirme de madre en esta solemne ocasión; veré risueña á toda la familia de Felipe, que me acoge con placer, y casi con gratitud, á mí, pobre y desvalida muchacha. Veré alrededor mio rostros alegres y satisfechos, ya que no vea esplendidez y riqueza. La hermana del señor cura es la madrina de mi boda; el padre de Felipe es el padrino.

Teresa me ha dicho que te escribirá mañana después de la ceremonia, y yo voy á hablarte por adelantado algo acerca de lo que me concierne.

Se pensó, al arreglar nuestra boda, en que Fe-